

MARCO AIME
GUIDO BARBUJANI
CLELIA BARTOLI
FEDERICO FALOPPA

CONTRA EL RACISMO
CUATRO RAZONAMIENTOS

Edición de Marco Aime

Traducción de Eugenia Frutos

EDLibros



Publicado por
ECONOMÍA DIGITAL, S. L.
Rambla de Catalunya, 98, 7è, 1a
08008 BARCELONA

© 2016 Giulio Einaudi Editore, S.p.A., Torino

Traducción a cargo de:
Eugenia Frutos

© de esta edición
Economía Digital, S. L.

PRIMERA EDICIÓN: *noviembre de 2016*

COORDINACIÓN: V i M
IGUAL

IMPRESO EN: *Gráficas Campás, S. A.*

DEPÓSITO LEGAL: B. 21.721-2016

ISBN: 978-84-617-5099-3

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

CONTENIDO

| | |
|---------------------|----|
| <i>Prólogo</i> | 9 |
| <i>Introducción</i> | 15 |

CONTRA EL RACISMO CUATRO RAZONAMIENTOS

En lugar de la raza,
por GUIDO BARBUJANI

25

Se dice *cultura*, se piensa *raza*,
por MARCO AIME

73

Por un lenguaje no racista,
por FEDERICO FALOPPA

105

Concentrar, segregar y asistir.
Así el racismo se convierte en sistema,
por CLELIA BARTOLI

179

CONTRA EL RACISMO
CUATRO RAZONAMIENTOS

CONTRA EL RACISMO

VIVIR EN EL MUNDO DE HOY Y ESTAR CONTRA
LA IGUALDAD POR MOTIVOS DE RAZA O COLOR ES COMO
VIVIR EN ALASKA Y ESTAR EN CONTRA DE LA NIEVE

WILLIAM FAULKNER

GUIDO BARBUJANI

EN LUGAR DE LA RAZA

Interrogado sobre su raza, responde:

—Mi raza soy yo, Joào Passarinheiro.

Invitado a explicarse, añade:

—Mi raza soy yo mismo. La persona es una humanidad individual.

Cada hombre es una raza, señor policía.

MIA COUTO, *Cada hombre es una raza*

En 1954 ya hace tiempo que acabó la guerra, el nazismo ha sido derrotado, el racismo no: en el Sur de los Estados Unidos de América se vive todavía en régimen de segregación racial. De Virginia a Louisiana, en Kansas y en Florida, los ciudadanos de color (etiqueta que ha reemplazado a *negro*, y que después será reemplazada por *negro*, *afroamericano* y finalmente *africanoamericano*) no pueden viajar en los mismos compartimentos ferroviarios que los ciudadanos blancos; frecuentar las mismas escuelas, restaurantes, cines, salas de espera y *toilettes*; sentarse en los mismos bancos en los parques y beber en los mismos dispensadores de agua. A pesar de ser formalmente iguales ante la ley, los ciudadanos de color prestan el servicio militar en secciones separadas, mandadas por oficiales blancos, y en dieciséis estados no pueden casarse con quien quieran: el matrimonio mixto entre blancos y negros sigue siendo delito hasta 1967. Así lo prescriben las leyes, las denominadas «Jim Crow Laws»;

y Jim Crow es el negro de los chistes, un personaje que el humorista Thomas Rice interpretaba con la cara embardunada de betún. El 17 de mayo de 1954, el Tribunal Supremo abole la segregación en las escuelas: ningún estado de la Unión podrá, a partir de aquel momento, disponer que estudiantes negros y blancos asistan a escuelas públicas diferentes. Como ocurre a menudo en la historia de las luchas por los derechos civiles, las consecuencias no son inmediatas. La sentencia está acompañada de polémicas, y va seguida de una serie de iniciativas que obstaculizan y retrasan la actuación: el senador por Virginia Harry Byrd, Sr., quería sencillamente cerrar las escuelas, con tal de no dejar de segregarlas. Pero, como sucede a menudo en la historia de las luchas por los derechos civiles, poco a poco la sociedad acoge el cambio jurídico, y algo, trabajosamente, empieza a moverse. Un año más tarde, en Montgomery, Alabama, Rosa Parks se negara a ceder el asiento en el autobús a un pasajero blanco, dando un impulso decisivo a la derogación de las Jim Crow Laws, y vinculando su nombre a las aspiraciones de igualdad de una generación, la de Martin Luther King.

Sesenta años después, mayo de 2014. Mientras que en Kansas, Michelle Obama celebra el aniversario de la sentencia del Tribunal Supremo, Nicholas Wade presenta en la revista semanal «Time» su nuevo libro, *A Troublesome Inheritance: Genes, Race and Human History*, en el que sostiene que «el análisis de los genomas de todo el mundo establece que las razas tienen una base genética, a pesar de que importantes organizaciones en las ciencias sociales sostengan lo contrario». El mensaje es claro: consideraciones políticas o sociales empujan a combatir

las discriminaciones ligadas a la raza (incluso a costa de negar la evidencia, dice Wade), pero la genética nos vuelve a poner con los pies en la tierra y nos obliga a reflexionar sobre nuestras irremediables diferencias, impresas en nuestro ADN y fruto de nuestra pertenencia a razas distintas.

Esta sí que es una noticia, habría que decir; y sí, lo sería si fuese verdadera: pero no lo es: es una mentira, una patraña: ningún análisis de los genomas ha establecido jamás algo así, y quienes lo afirman no son incompetentes sociólogos de izquierdas, sino, desde hace cuarenta años, biólogos de todas las ideologías políticas. En una carta al «New York Times», 139 genetistas de distintos países, desde la A de Gonçalo Abecasis a la Z de Sebastian Zöllner, han dejado muy claro que Wade no ha entendido nada. ¿Qué es lo que está pasando, pues? Nicholas Wade no es un recién llegado: es un periodista célebre, responsable durante años de la sección de ciencia del «New York Times». Y no está solo: entre otros, han expresado opiniones idénticas el premio Nobel James Watson, descubridor con Francis Crick y Rosalind Franklin de la estructura en doble hélice del ADN. ¿Por qué figuras públicas eminentes se exponen de este modo, sostienen con palabras y con escritos tesis pseudocientíficas que tanto molestan a los genetistas y, como veremos, se pulverizan a la primera verificación? Intentaremos dar una respuesta. Hay un punto sobre el que no cabe la menor duda: si la ciencia encontrase verdaderamente el modo de distinguir en el hombre razas biológicas, no quedaría más remedio que levantar acta; y si se hubiese de demostrar que entre las diferencias raciales también hay diferencias significativas en las capacidades

cognitivas, o en las tendencias morales, en la creatividad artística o en cualquier otro campo, sería de cretinos hacer como si nada. Un gran genetista, Theodosius Dobzhansky, nos ha recordado que nuestros iguales derechos no derivan de ser todos iguales, sino de ser todos humanos, y no es posible no darle la razón. Pero para decir que la humanidad está dividida en razas no basta con la constatación banal de que somos distintos. Todos somos distintos, ciertamente, pero para poder hablar de razas también hace falta que estas diferencias se subdividan en grupos homogéneos y reconocibles; en otras palabras, hace falta que los seres humanos sean como los automóviles, que pueden ser Ford o Toyota o Fiat, pero sin duda no un 42 por ciento Ford, un 33 por ciento Hyundai y el resto un poco Volvo y un poco Peugeot.

¿Realmente estamos hechos así? A partir del siglo XVIII, muchos han intentado definir estos grupos homogéneos, es decir compilar el catálogo de las razas humanas. Lo han intentado, junto a unos cuantos desequilibrados, también los mejores antropólogos y naturalistas, que, por tanto, han tenido todo el tiempo del mundo para devanarse los sesos sobre qué características (¿El color de la piel? ¿La forma del cráneo? ¿El grupo sanguíneo? ¿Ciertos segmentos del ADN?) permitan subdividir la humanidad en grupos biológicos distintos, análogos a los que en otras especies denominamos razas o subespecies. Una vez identificados estos grupos, se podría colocar a cada uno de nosotros en la raza justa; y en base a la etiqueta racial se habrían podido prever un montón de cosas interesantes, como el temperamento, la inteligencia, la predisposición a ciertas enfermedades y quizás, directamente, la tendencia a hacer dinero o a delinquir. Una idea platónica de la

ciencia, la búsqueda de una serie de tipos humanos ideales de las que cada individuo concreto sería una realización imperfecta. Esto es lo que pensaba ayer Cesare Lombroso y, hoy, Nicholas Wade: pero, a diferencia de los tiempos de Lombroso, hoy sabemos muy bien que no es así. Todos somos diferentes, no hay duda, pero qué razas constituyen la humanidad nadie lo ha comprendido nunca, es misión imposible: y alguna cosa debe querer decir. Pero, procedamos con orden.

En primer lugar, ¿qué es una raza?

En el uso corriente, la palabra tiene muchos significados: demasiados. Puede indicar toda una especie biológica («la raza humana»), algunos de sus miembros («la raza blanca»), o solo una familia («el último de su raza»); se utiliza tanto con acepciones positivas («delantero de raza») como negativas («raza de deficientes»). Habitualmente indica a un grupo de individuos emparentados, es decir que descienden (o que se han empeñado en descender: la «raza padana») de antepasados comunes. Según la versión inglesa de la *Wikipedia* (la voz *Race, human classification* en español no existe), la raza es «un sistema de clasificación utilizado para categorizar a los seres humanos en el seno de poblaciones o grupos vastos y distintos, sobre la base de su afiliación anatómica, cultural, étnica, genética, geográfica, histórica, lingüística, religiosa y/o social». Es una definición que reúne criterios muy heterogéneos. Hay una clara diferencia anatómica entre uno que es alto y otro que es bajo, y una diferencia cultural entre quien va de vacaciones al mar y

quien prefiere la montaña; yo, que soy del grupo sanguíneo o, soy genéticamente distinto de quien es del grupo A, por ejemplo mi hermana; canadienses y estadounidenses viven en regiones geográficas diferentes; berneses y ginebrinos hablan lenguas distintas; musulmanes, católicos, ortodoxos y ateos de Sarajevo tienen confesiones religiosas diferentes; relojeros y fontaneros representan estratos sociales distintos. Por suerte, no creo que se le haya ocurrido a nadie definir cada uno de estos grupos como una raza. Decíamos que, por mor de ser omnicompreensivo, el redactor de la voz de la *Wikipedia* ha escrito una definición inútil. Aunque, pensándolo bien, no es inútil del todo, porque, al menos, evidencia cómo en el lenguaje cotidiano la palabra *raza* tiene muchos significados diferentes, y precisamente estos significados múltiples la confieren esa pizca de vago e informe que nos condena luego a discusiones sin conclusión. Si queremos comprender, tenemos que apoyar los pies en un terreno más sólido, y concentrarnos en el significado biológico de la palabra, que es en lo que piensa Nicholas Wade en su ensayo.

Entonces, ¿qué es una raza biológica?

Eso es, así está mejor. La ciencia que clasifica los organismos es la taxonomía. Fue fundada en el siglo XVIII por el naturalista sueco Linneo, que dio nombre y apellido, género y especie, a los animales y a las plantas conocidos en la época. Su obra fue continuada por otros y lo sigue siendo, a medida que se descubren nuevas especies. Poniendo orden en los fragmentarios conocimientos bioló-

gicos de la época, Linneo construye una clasificación de los seres vivos en la que cada uno halla su lugar. Nosotros somos *Homo sapiens* y somos biológicamente distintos de las demás especies, incluso de aquellas que nos son más próximas, como el chimpancé y el gorila. Después, los géneros se reagrupan en categorías más vastas y más distantes entre ellas, las familias, y estas luego en órdenes, clases, filos (o phyla), cada vez más diferentes. Linneo no llegó a saberlo, pero nosotros sí sabemos que estos grupos representan nuestras parentelas evolutivas, más o menos estrechas. Organismos de aspecto similar (o con ADN similares) están estrechamente emparentados porque descienden de antepasados comunes recientes, y organismos menos similares están menos estrechamente emparentados porque tienen antepasados comunes más remotos: y todos están emparentados con todos, porque todo organismo conocido utiliza las mismas reglas para traducir en proteínas la información contenida en su ADN. Atención: en este contexto, reciente y remoto se miden en la escala temporal de la vida sobre la Tierra, es decir sobre algo menos de 4.000 millones de años. En lo que nos atañe, formamos parte de la familia de los grandes simios, los *Hominidae*, junto a orangután, gorila, chimpancé y bonobo (es decir, los chimpancés pigmeos), en el orden de los Primates, clase de los Mamíferos, filo de los Vertebrados. Pero también entre los miembros de la misma especie, es decir entre individuos que tienen en común antepasados relativamente cercanos, hay diferencias. Un gran evolucionista, Ernst Mayr, distingue entonces entre dos tipos de especies: aquellas en las que las características biológicas cambian gradualmente y sin sobresaltos en el espacio geográfico, y aque-

llas otras en las que, por el contrario, poblaciones con características distintas están separadas por fronteras. En las especies del segundo tipo, las entidades separadas por fronteras se denominan razas o subespecies.

Un par de ejemplos. El chimpancé, *Pan troglodytes*, nuestro pariente más próximo, vive en una franja de África que va del Atlántico hasta Uganda y se subdivide en cuatro especies: *Pan troglodytes verus* al oeste, del Senegal a Ghana; *Pan troglodytes ellioti*, en Nigeria y en el norte del Camerún; *Pan troglodytes troglodytes* en el sur del Camerún, en Gabón y en el Congo-Brazzaville; y *Pan troglodytes schweinfurthii* en el norte de la República Democrática del Congo y en pequeñas áreas de Burundi, Uganda y Tanzania. Los expertos son capaces de colocar cada chimpancé en su subespecie, simplemente estudiando ciertas regiones particularmente informativas de su ADN, en especial una que denominaremos ADN mitocondrial. Las subespecies *ellioti* y *troglodytes* están prácticamente en contacto una con otra, separadas únicamente por el río Sanaga, pero no comparten ninguna variante del ADN mitocondrial, lo que demuestra que descienden de diversos grupos de antepasados recientes y nos permite atribuir cada individuo a su subespecie con seguridad.

Por tanto, en el chimpancé, como en todas las especies donde existen claras diferencias, anatómicas o genéticas, suficientes para atribuir *cada individuo o casi* a un grupo bien definido, se puede decir que son razas biológicas. Pero no siempre es así. En el Atlántico, por ejemplo, ni el aspecto físico ni las características genéticas permiten decir si un atún pescado en las Islas Canarias proviene de allí, o de las Azores, o del golfo de Guinea, o